


REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Homenaje a Juan Carlos Garavaglia reviviendo polémicas: el debate en torno a *Orden y Virtud* de Jorge Myers

Bárbara Caletti Garciadiego

Universidad de Buenos Aires / CONICET

barbara.caletti@gmail.com

El Gara siempre estuvo cerca

Apoco tiempo de que se cumpla el primer año de su partida, los homenajes en torno a la figura de Juan Carlos Garavaglia (1944-2017) se acumulan y, sin embargo, siguen pareciendo insuficientes de cara a su vasto legado y su carácter entrañable. Por ello, en esta edición de *Rey Desnudo. Revista de Libros*, quisiéramos sumarnos humildemente. Estas palabras, que se acompañan de una relectura de una reseña de su propia pluma y la réplica, no son fáciles. Quien las escribe no tiene ningún pergamino para lanzarse a tal desafío: ni coautora, ni amiga de toda la vida, ni siquiera tuve el privilegio de ser dirigida por él, o asistir formalmente a sus clases (aunque no por ello dejo de considerarlo un maestro). Pero esto que podría parecer algo petulante, no lo es tanto siendo el Gara el que era. Porque Garavaglia lograba eso: la complicidad, la cercanía casi instantánea, esa falta absoluta de parafernalia solemne que se traslucía en los inevitables chistes y guiños que poblaban sus textos, así como la chispa con que sus comentarios sacaban carcajadas (y suscitaban debates) en sus intervenciones públicas. Tenía

la enorme virtud de conseguir que incluso aquellos que dábamos nuestros primeros pasos nos sintiéramos cómodos frente a él, aún a sabiendas de que se estaba frente a uno de los más grandes y prestigiosos historiadores argentinos, sin por ello infantilizar al interlocutor ni mirarlo con desdén. E incluso podía reclamarle a un joven interlocutor que hubiera abandonado una línea de investigación que él consideraba central.

No tiene mucho sentido que ahondemos aquí lo que otros homenaje han dicho ya (y mejor)¹. Que nació, casi por casualidad, en Pasto, Colombia, en un viaje que llevó a sus padres por toda América Latina. Que se crió luego en esa Buenos Aires a la que, pese a no habitarla desde que partió exiliado, volvía muy frecuentemente en sus periódicas visitas. De su paso, en sus años mozos por "el Nacional" y la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, instituciones donde coincidió con otros historiadores de gran renombre, como José Emilio Burucúa y Enrique Tandeter, con quien compartiría una aventura editorial². Su posterior exilio es también conocido: durante su primera estadía en París retomó los estudios y se doctoró en 1979 en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, con una investigación dedicada a la producción y comercialización de yerba mate en el virreinato peruano, bajo la dirección de Ruggiero Romano, publicada en 1983 en ese segundo destino de exilio que fue México, con el título de *Mercado interno y economía colonial*.

Es también recordado su carácter apasionado y comprometido con la realidad en la que le tocaba vivir, no solo por sus años de militancia en Montoneros, que recordaría en su reciente autobiografía *Una juventud en los sesenta*³; sino que caracterizaría toda su vida la indignación que le generaban las injusticias en el mundo (y contra las que difícilmente dejaba de despotricar). Esa pasión y compromiso fueron —a fin de cuentas— los mismos con los que encaraba su oficio de historiador y su tarea de mentor de tantos discípulos (dirigió casi cuarenta tesis de doctorado, aun-

1 Ver especialmente "Juan Carlos Garavaglia, hasta siempre" de Jorge Gelman y Raúl Fradkin, donde hacen un detallado repaso de su trayectoria intelectual. *Anuario IEHS*, Vol. 32, No. 1, 2017, pp. 7-18 y el dossier "Homenaje a Juan Carlos Garavaglia" del *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, No. 47, segundo semestre 2017, pp. 11-30, amén de otros paneles y conferencias en su honor a lo largo de todo el año.

2 Sobre las repercusiones e implicancias de esa breve pero intensa empresa compartida, que terminó fusionándose con Siglo XXI, ver Fradkin Raúl: "Indicios y conjeturas. La formación de un historiador original", *Revista Prohistoria*, en prensa.

3 Garavaglia, Juan Carlos: *Una juventud en los años sesenta*, Buenos Aires, Prometeo, 2015.

que está claro que su guía intelectual inspiró a muchos más), pues ambas cosas no estaban para nada divorciadas desde su perspectiva. Lograba conjugar un enorme rigor metodológico y documental con una profunda sensibilidad hacia los hombres y mujeres "de a pie" que poblaban sus estudios. Esa entrega se evidenciaba también en sus infatigables y nunca interrumpidas consultas a bibliotecas y archivos (a diferencia de tantos colegas que delegan esa tarea en otros). De hecho, en el Archivo General de la Nación de Buenos Aires se movía tan como pez en el agua que en ocasiones algún usuario reciente lo consultaba pensando que era un referencista más, y ¡el Gara no tenía inconveniente en asistirlo! Y a tal punto se había ganado el cariño de todos en el Departamento de Documentos Escritos, que lo dejaban casi apropiarse de un escritorio especial para sacar fotos (el banco estativo), ante la molestia que le traían las mesas de consulta inclinadas donde no podía apoyar su trípode.

Es también conocida su incansable vocación docente, que lo llevó por innumerables aulas. Sus primeros pasos los dio tempranamente como ayudante de segunda en la Universidad de Buenos Aires, junto a Juan Carlos Groso (uno de sus futuro compañeros de ruta), y luego —ya recibido— tuvo un breve pero crucial paso por la Universidad Nacional del Sur en Bahía Blanca como interventor del Instituto de Humanidades durante la primavera camporista. Fue profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Ixtapalapa (México) entre 1981-1986 y a su regreso tuvo una vital participación en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires en Tandil, donde además de docente e investigador se destacó como el primer director del *Anuario IEHS*, publicación que se convirtió casi inmediatamente en una referencia ineludible del campo historiográfico argentino. A su regreso al Viejo Continente en 1991, el Gara siguió su labor docente por distintas instituciones de Francia y España, siendo *Directeur d'Études* de la *Ecole* hasta 2009 y en los años más recientes Profesor Emérito de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona.

Para los que nacimos en democracia y empezamos a transitar los pasillos de la facultad en los albores del siglo XXI, impresionaba escuchar su participación en el mítico debate sobre modos de producción en el famoso N° 40 de *Pasado y Presente* y en el también ilustre Congreso Americanista de Roma de 1972. Recuerdo hacer cuentas para descubrir que había escrito eso a ¡sus 28 años!, una edad que no era tan lejana a la mía de entonces.

Sus acercamientos a la historia social agraria tanto de Paraguay como Nueva España contribuyeron de manera decisiva no solo a sus respectivos campos, sino que también le permitieron plantear nuevas aproximaciones y preguntas sobre el espacio rioplatense. Su invaluable papel en la renovación historiográfica del agro pampeano, junto a otros dos compañeros de ruta —y grandes amigos— Jorge Gelman y Raúl Fradkin, buscaron deconstruir las imágenes de una pampa vacía sólo poblada con vacas y gauchos. Este descentramiento del gaucho como símbolo nacional (y la osadía de presentarlo como un simple campesino) permitió apreciar una multitud de *Labradores y Pastores* que cosechaban su trigo para vender en los mercados locales y pagar los diezmos, abriendo una mirada de nuevos temas de investigación mientras que simultáneamente daba cuenta de la inherente conflictividad de las relaciones sociales. En esta labor, Garavaglia logró además erosionar la instalada idea de que la historia que vale la pena ser estudiada empezaba recién con la organización nacional, colaborando de modo trascendental en el *aggiornamento* de la historia colonial rioplatense (y post revolucionaria), a la vez que concitaba un más y mejor diálogo con la historiografía latinoamericanista, en la que la rioplatense debía necesariamente inscribirse.

En ese trayecto, además nos enseñó que reducir la escala de observación no implicaba en absoluto reducir la profundidad de las problematizaciones, a la vez que permitía tener una perspectiva completamente distinta de la que se tenía desde los centros de poder. Creo que una de las primeras veces que me tocó oír una de sus charlas que aprovechaba dar en sus estancias porteñas, me quedé atónita cuando tras explicar unos complicados cuadros de redes de relaciones de San Antonio de Areco de la primera mitad del siglo XIX, habló con tanta familiaridad de algún Martínez que seguramente hubiera dado envidia a sus descendientes. Y si bien la mayor parte de sus esfuerzos estuvieron dedicados a la campaña de Buenos Aires, su curiosidad y energía le permitieron hacer otros aportes que van desde los campesinos santiagueños a los textiles puntanos. En los últimos años, su inquietud lo había llevado a estudiar la construcción del Estado, y el peso que tuvieron los gastos militares y la guerra en este proceso entre 1852 y 1870. Ese problema lo fue llevando de manera inexorable hacia la guerra de la Triple Alianza, tema tan fundamental como poco estudiado, con el que volvía —acaso sin proponérselo— a las tierras paraguayas donde hubo empezado su prolífica y fértil carrera.

No quisiera concluir estas palabras sin dejar de agregar un par de comentarios más intimistas y personales. Me unía con él una extraña mezcla de circunstancias, además de una profunda admiración intelectual. En honor a la verdad, supe que existía el *Gara* mucho después de conocerlo. A medida que avancé en la carrera, vinieron más lecturas y se ve que su obra (y su particular estilo de escritura) me había entusiasmado. En alguna cena familiar, algo habré dicho que me enteré que además de amigo íntimo de mi madrina (a quien para toda mi envidia le había contado — en un viaje en auto a Villa Gessell— la historia de cada pueblito y estancia por los que pasaban) también conocía a mis padres. Resulta que el *Gara* les había hecho el favor de fungir como acompañante en un viaje en avión entre México y Argentina, cuando yo era tan pequeña que no había alcanzado el mínimo etario exigido por la aerolínea para viajar sola. Lo llamativo fue que recién después de su muerte supe que él no solo se acordaba sino que contaba esa anécdota con frecuencia, pero jamás en frente mío, acaso para que yo pudiera sentirme como una colega.

Garavaglia era, sin dudas, un maestro generoso. Lo era con sus lectores a quienes lograba interesar aún en temas áridos de la historia de los precios, o demografía, y lo era también en su compromiso con una divulgación de calidad, sin concesiones ni maniqueísmos. Su generosidad tocaba también a quienes dábamos nuestros primeros (y temblorosos) pasos: recuerdo que en el tránsito de mi tesis de licenciatura me mandó un correo electrónico con un dato que había encontrado y que podía serme de utilidad. Siempre amable e interesado por los avances en la tarea de uno, recuerdo que me lo crucé en unas jornadas en Tandil donde me hizo el favor de regañarme por la ausencia de un mapa, detalle fundamental para facilitar la lectura a un lector no conocedor del área en cuestión. La última vez que lo vi fue el invierno del 2016, en el contexto de unas jornadas por el bicentenario de la declaración de independencia. La noticia de la reciente muerte de mi padre lo afectó más de lo que yo hubiera imaginado ("es que en el último tiempo se fueron varios amigos", se excusó) sin saber que entonces él mismo tenía una enfermedad incurable.

A principios de este año, apenas un par de meses después de su fallecimiento, emprendimos con otros colegas el desafío de recabar firmas para frenar una resolución del Ministerio de Planificación que le quitaba competencias al Archivo General de la Nación y un edicto del Archivo General del Poder Judicial que anunciaba la destrucción de muchos legajos de justicia de primera instancia. Acaso recién entonces me di cuenta cabal del tamaño de su ausencia y de que el *Gara* era, como pocos, uno de los imprescindibles.